

Carlos Ferré

LA IGLESIA COMO IMPULSORA DEL CAMBIO SOCIO-POLITICO

He de abordar el tema asignado a este panel, refiriéndome en primer lugar, al rol de la dimensión evangelizadora y misionera de la Iglesia; luego, a la especial vocación de los laicos en la tarea de la transformación de la realidad y posteriormente, a la recuperación del concepto de "pueblo", ocurrido a partir del pontificado de Francisco, reconociéndolo como sujeto activo y necesario para la existencia de un auténtico cambio.

El acento en la dimensión evangelizadora y misionera de la Iglesia, que ha propuesto el Papa Francisco, nos ayuda a abordar este tema, en el entendimiento de que, el acto mismo de evangelizar, produce en la historia cambios profundos en su dimensión socio política.

Si admitimos que un problema principal del hombre de hoy, es una grave crisis de sentido, que lo ha descentrado de su propio ser como hombre, resulta evidente que el anuncio de Jesucristo, el verdadero "hombre nuevo", otorga a ese hombre que vive en la posmodernidad, la posibilidad de reencontrarse consigo mismo, con la comunidad y con la trascendencia.

Este hecho en sí, representa un cambio socio- político profundo, una ayuda que ninguna otra teoría o práctica actual le presenta, para poder realizarse y ser en plenitud.¹

Como afirma *Evangelii Gaudium* las otras opciones que se ofrecen a la sociedad constituyen una "múltiple y abrumadora oferta de consumo"; producen "una tristeza individualista que brota de un corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de una conciencia aislada"² y en consecuencia "cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.

El Pueblo de Dios, que ha recibido la misión de evangelizar, es decir hacer presente en el mundo el Reino de Dios, ha de comprender cabalmente cómo la evangelización procura cooperar con la acción liberadora del Espíritu quien, al decir de Juan Pablo II, "posee una

¹ Documento de Aparecida

² *Evangelii Gaudium* 2

inventiva infinita para desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables”

Si evangelizar es hacer presente el Reino de Dios, si nuestro propósito como Pueblo de Dios es que Él reine verdaderamente entre los hombres, si nuestra fe en Jesucristo es tal, como para creer que ese Reino ya se encuentra entre nosotros, la transformación de la realidad que implica hacer cierto en nuestra historia lo que creemos, es inevitable.

Así la vida social se encaminará a ser ámbito de fraternidad y no de competencia, la dignidad de todos los hombres será el paradigma que purifique toda acción y teoría humana acerca de la consecución del desarrollo, la justicia y la paz serán objetivos estratégicos por encima de cualquier otro fin.

La evangelización resultaría incompleta “si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta personal y social del hombre”³ afirma Francisco en *Evangelii Gaudium*, y completa su reflexión manifestando que “la verdadera esperanza cristiana, que busca el reino escatológico, siempre genera historia”⁴.

Si como lo ha afirmado el Documento de Aparecida “la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal y su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes y todos los pueblos” la misión de la Iglesia no puede, a riesgo de incumplir su misión, dejar de impulsar el cambio en el sentido del Reino hacia el que marcha y el que a su vez espera, en tanto adviene hacia ella.

Este cambio no es un cambio cualquiera. No es un mero maquillaje.

Muy por el contrario, los cambios que la Iglesia se propone y propone a la humanidad, para realizarlos con todos los hombres de buena voluntad, van al corazón de un sistema absolutamente injusto. Un sistema que basado en el materialismo y el individualismo y en medio de un cambio epocal que trastocando valores que parecían intocables, ha dado como consecuencia un nuevo fenómeno, el de la exclusión haciendo que cientos de millones de seres humanos se hayan

³ Pablo VI – *Evangelii nuntiandi*, 25

⁴ Francisco – *Evangelii Gaudium*, 181

transformado en "descartables" o "desechables" como los define, con la crudeza de la verdad, el Documento de Aparecida.

Un mundo donde la concentración de la riqueza se ha acrecentado a niveles nunca conocidos, donde las desigualdades se amplían permanentemente, donde importa el crecimiento económico pero no el desarrollo integral de los pueblos, del hombre y de todos los hombres, donde los estados han perdido gran parte del rol que tenían y han sido suplantados por el poder anónimo de las corporaciones que pugnan por dirigir los destinos de la historia, requiere de propuestas de cambio y de acciones para lograrlo verdaderamente revolucionarios, porque es menester el reemplazo de estructuras de pecado por estructuras virtuosas fundadas en la dignidad de la persona, en el destino universal de los bienes y en la solidaridad.

Con exclusión no hay verdadera participación. Sin participación no hay democracia.

No se resuelve el problema de la exclusión pretendiendo incluir a los excluidos a un sistema que continua excluyendo porque su naturaleza es excluyente. La verdadera solución de la exclusión es promover una autentica participación construyendo un orden social que no excluya.

Nos referimos a la democracia como una forma de vida, una meta nunca del todo alcanzada y en permanente evolución por la cual los hombres y mujeres dentro de una comunidad política en situación de verdadera libertad e igualdad, co-deciden, construyendo cooperativa y participativamente las decisiones, no sólo en el ámbito estricto de la política sino en todos los espacios de la realidad donde se ejerce realmente el poder y en toda aquella cuestión que le afecte directamente o indirectamente.

Creemos que no hay verdadera participación si no existe un real protagonismo en el momento de la decisión y que tampoco la hay cuando la participación se restringe a algunos aspectos de la realidad social y deja al margen a otros o cuando no se la hace extensiva a todas las personas de la comunidad.

En este sentido, es el Pueblo de Dios, anunciador de la Buena Noticia de Jesús, quien puede hoy llevar al mundo el mensaje de esperanza de un cambio verdadero. El fracaso de las ideologías materialistas está a la

vista de todos. No obstante, seguimos viviendo de acuerdo a sus paradigmas, aun de aquellas que han sido históricamente derrotadas.

También, puede llevar a la humanidad la certeza de que no habremos de instalarnos en ninguna de las mediaciones humanas que hayamos construido. Que no hemos de cristalizar ningún sistema económico, político o social por más que en un momento haya resultado exitoso. Nuestro ideal de perfección al que Cristo nos llamó cuando nos mandó "ser perfectos como Nuestro Padre lo es" nos insta a una continua revisión, porque siempre habrá una necesidad que reclama un nuevo derecho, un agravio a la dignidad de algún grupo o sector que no haya sido atendido o que la dinámica de la historia haya perjudicado, una solidaridad debida a las generaciones que nos continúen, que no haya sido tenida en cuenta.

Ante esta vocación ningún miembro del Pueblo de Dios debería sentirse exceptuado en esta lucha por un mundo mejor y ningún poder o cultura debería creer que tiene el derecho a que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas. Una autentica fe -que nunca es cómoda e individualista siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo"⁵.

Las situaciones de inequidad y desigualdad han inspirado siempre a muchos cristianos a ejercer su acción profética y a luchar por corregir las causas estructurales que las causan. Muchos más, se han dedicado a mitigar los efectos que causan tales injusticias. También han sido denunciadas por el Magisterio en todos los tiempos aunque en forma más sistemática por los Pontífices en los últimos ciento veinte años.

No obstante, la participación en la cosa pública se ve todavía como un opcional o como una vocación particularísima y no como una respuesta a colaborar en la obra liberadora de la gracia a la que estamos llamados todos los bautizados.

Proclama el Papa en su exhortación apostólica: "Hacer oídos sordos a ese clamor, cuando nosotros somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto "porque ese pobre clamaría al Señor contra ti y tú te cargarías con un pecado". La falta de solidaridad en sus necesidades afecta directamente

⁵ Francisco EG 183

a nuestra relación con Dios.⁶ Y remata su pensamiento diciendo: "Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos" y "nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social."⁷

La vocación del laico

Es doctrina unánime del Magisterio, que los laicos están llamados a buscar el Reino de Dios y su justicia, ocupándose de las realidades históricas del tiempo que les toca vivir y comprometiéndose a descubrir e idear los medios para que las exigencias de la doctrina y la vida cristiana impregnen las realidades sociales, culturales, políticas y económicas.

El documento conciliar *Lumen Gentium* utiliza para definir la acción del laico los términos "iluminar" y ordenar". Es decir no solo iluminar que podría parecer una acción útil pero aun desde fuera de los procesos históricos sino también ordenar que implica un grado de participación directa, de involucramiento en los acontecimientos históricos, que le posibilite una incidencia decisiva.

Para mi generación, en América Latina y especialmente en Argentina, la generación del Concilio Vaticano II, no había duda alguna que cuando se hablaba de compromiso nos referíamos al compromiso histórico, a la opción política que nos permitiera incidir en la realidad para modificar situaciones de injusticia, agravios al sistema democrático provocados por las dictaduras, persecuciones a los trabajadores a los que se pretendía negar sus derechos fundamentales.

Esa fuerte experiencia que significó un laicado joven atento a sus realidades históricas unida al aporte teórico de la Constitución *Gaudium et Spes*, provocó una sana modificación de la relación de la Iglesia con el mundo, que produjo varias conclusiones prácticas: una de ellas fue que las soluciones no podían ser encaradas por organizaciones solamente católicas sino que se debían fundir con otras que integradas por hombres de buena voluntad y distintas creencias coincidieran en los objetivos históricos. Pero también, que era menester la identidad

⁶ Ibid 187

⁷ Ibid 201

cristiana dentro de núcleos plurales porque el aporte evangélico era indispensable para el resto.

Esta visión solidaria nos hizo colocar en el lugar que Jesús nos pedía para poder entrar en dialogo y aun evangelizar a aquellos que sin saberlo practicaban las virtudes cristinas de las bienaventuranzas.

Otro aprendizaje que hemos de valorar fue que la opción preferencial por los pobres y sobretodo el contacto cotidiano con los pobres, posibilitó una visión más amplia de la realidad de nuestro mundo. Nos hizo comprender cuantas cosas debíamos aprender de ellos, aun en materia religiosa y comenzar a valorar su religiosidad, la espiritualidad de los pobres tan cercana a María y tan vinculada a una vida signada por la solidaridad y la esperanza.

En el marco de ese aprendizaje y de experiencias pastorales de sacerdotes que comprendieron como debía ser su tarea sacerdotal para que la opción por los pobres fuera una realidad, se produjo en nuestra generación una revalorización del pueblo, como sujeto colectivo y agente de cambio de la historia, superando las concepciones de "clase" que proponían las ideologías en boga.

Observamos que hoy, el pueblo, en su sentido histórico mítico -al decir del Papa Francisco- ha vuelto a ocupar el lugar que los Padres conciliares le había asignado en los textos del Concilio Vaticano II y vuelve a ser para los militantes políticos y sociales un concepto orientador que había sido abandonado por políticos y politólogos en las últimas décadas a la luz de los principios de la revolución neo liberal o de trasnochadas especulaciones marxistas.

La recuperación del concepto de pueblo ocurre en un momento de la historia, en que todo lo popular es calificado sin análisis como populista, sin advertir que "lo popular", comprende cabalmente el principio de que el todo es superior a la suma de las partes. Concibe a la comunidad como un organismo vivo con multiplicidad de funciones diferenciadas pero inter-necesarias y que se interrelacionan aun contradictoriamente pero que está dotada de un fuerza espiritual que actúa centrípetamente, tendiendo a que las partes no actúes aisladamente defendiendo su propio interés particular. Les pone como límite la búsqueda del bien

común a través de la práctica de la política y no de la violencia o la corrupción.

No busca que el conflicto se resuelva por la supresión de uno de sus términos sino por una integración armónica de los mismos. Propone una unidad espiritual y genera un centro intangible que se nutre de las mejores y más virtuosas experiencias personales y colectivas promoviendo un objetivo que sólo se puede lograr con la construcción de una unidad consciente y libremente asumida.

Con estas condiciones morales y espirituales, los pueblos, a lo largo de la historia, han superado las represiones más feroces, las manipulaciones producto de la desinformación sistemática y las prebendas con la que se intenta sobornarlo. Existe una conciencia en la base social que cada parte no tiene destino separada del resto.

Por todo ello, los laicos deberán ser fieles a su vocación y asumir la transformación de la realidad por medio de la política que aguarda ser rehabilitada ya que es la creación cultural que el hombre ha generado para organizarse socialmente y construir el bien común y es el único método de construcción del poder que puede estar al alcance de cualquier hombre.

Practicar la acción política y construir el poder popular es el único camino capaz de garantizar democracias fuertes, donde la ciudadanía se ejerza en forma permanente y se decida en todo ámbito donde se resuelva el destino común, dentro y fuera del estado.

Vencer la tentación de la desesperanza y la resignación

Quiero terminar estas palabras, citando a Juan Pablo II, que en el Jubileo del año 2000 nos instaba a vencer la tentación de la desesperanza y la resignación.

Decía San Juan Pablo: «Están convencidos de que no se puede cambiar nada, que todo esfuerzo está destinado al fracaso, que Dios está ausente y desinteresado de este minúsculo punto del universo que es la tierra».

Y seguía reflexionado: Ahora bien, «si no puede cambiar nada, ¿qué sentido tiene la esperanza?». En ese caso, «no queda más que ponerse al margen de la vida, dejando que el movimiento repetitivo de las vicisitudes humanas cumpla con su ciclo perenne. Siguiendo esta senda, muchos hombres y mujeres se han quedado doblegados al borde de la historia, desconfiados, indiferentes ante todo, incapaces de luchar y de esperar».

Señalo entonces Juan Pablo II dos sendas equivocadas: En la historia del cristianismo y también hoy, no han faltado creyentes que ante el peso del mal en el mundo, responden perfilando «escenarios apocalípticos de irrupción del Reino de Dios» o, por el contrario, cerrando «los ojos abrumados por el sueño de la indiferencia».

Sin embargo, Cristo en el Evangelio rechaza estas dos respuestas y propone más bien la acción de Dios «sin clamor» para colaborar en la construcción «de cielos nuevos y de la tierra nueva». Proponía en cambio Juan Pablo II aprender de la pedagogía divina y observar la acción paciente de Dios. «Dios ha entrado en la vicisitud humana y en el mundo y procede silenciosamente, esperando con paciencia a la humanidad con sus retrasos y condicionamientos. Él respeta su libertad, la sostiene cuando se ve atenazada por la desesperación, la conduce de etapa en etapa y la invita a colaborar en el proyecto de verdad, de justicia y de paz del Reino».

Por eso, enseñaba el Papa, «la acción divina y el compromiso humano tienen que entrecruzarse entre sí»-

«Sin caer en los extremismos opuestos del aislamiento sacro ni del secularismo, el cristiano tiene que expresar su esperanza también dentro de las estructuras de la vida secular»-

«Animado por esta certeza, el cristiano camina con valentía por los caminos del mundo tratando de seguir los pasos de Dios y colaborando con Él para que pueda nacer un horizonte en el que "amor y verdad se den cita y la justicia y la paz se abracen.

Este es nuestro compromiso.